

## BOOK ISLAND

Como siempre he confundido la latitud con la longitud, no puedo dar la posición exacta de la Isla de los Libros, pese a que vivo en ella desde hace varios años.

Me encontraba a tres o cuatro jornadas de la Tierra de Van Diemen cuando mi barco, el Antílope, chocó con un escollo en plena noche y empezó a escorar. Seis miembros de la tripulación, yo entre ellos, lanzamos el bote al agua.

Llevábamos un buen rato remando cuando una brusca ráfaga del norte nos hizo zozobrar. Yo era el más joven y estaba alerta. Nadé con toda la determinación que me permitían mis fuerzas. Eso debió salvarme, porque mis compañeros desaparecieron entre las olas. No distinguía costa alguna, ni sabía a qué distancia se encontraba la tierra más próxima. De vez en cuando, me animaba a mí mismo y probaba a hacer pie.

A punto de desfallecer, noté el áspero tacto del coral. Avancé a tientas, buscando un resquicio entre los arrecifes, y a la luz lunar avisté una playa por la que se movían criaturas diminutas. «Son cangrejos, que blanden sus pinzas y boxean bajo la luna», me dije.

Al acercarme, los cangrejos se alejaron, y fue como si toda la playa se alejara con ellos.

Finalmente me quedé dormido, arrullado por el pesado alentar del mar junto a los arrecifes. Cuando abrí los ojos de nuevo, yacía en un diluvio de luz. Nunca el cielo me había parecido tan remoto y alto.

Oí un rumor de palmeras, y al volver la cabeza los vi salir de la maleza y aproximarse. Titubeantes pero erguidos, se apoyaban en los cantos de sus cubiertas y en el borde inferior de sus lomos. No venían directamente hacia mí, sino describiendo amplias curvas. Y lo que había tomado por un rumor de palmeras era el susurro de sus hojas, que el viento agitaba levemente.

No eran cangrejos sino libros, aunque algunos no lo parecían. Los había en forma de rollo, de tiras, de espantamoscas. En los bazares del sureste asiático y en los templos del Lejano Oriente yo había tenido en las manos libros así. Me había preguntado dónde estaba el principio y dónde el final, y si algún día sabría leerlos.

La visión de tantos libros andantes no me sorprendió. No más, al menos, que lo habría hecho el descubrimiento de un animal como el canguro o el ornitorrinco. ¿No suele decirse de los libros particularmente excitantes que están llenos de vida? ¿Acaso no nos hablan, no nos conmueven, no nos infunden valor, no nos ayudan a conocernos y a soportarnos, no nos transportan a otros tiempos y lugares?

Los libros de la isla no son esencialmente distintos de los demás, salvo en que se mueven solos.

Antes de pisar mi primer barco había leído muchos relatos de viajes. En ellos, el ave roc del *Libro de las Maravillas* de Marco Polo se codeaba con los peces voladores, y los cíclopes y las sirenas cantarinas con los bulliciosos pigmeos. Me acordaba de la planta de los corderos descrita por Jean de Mandeville, que crecía en las cercanías del mar Caspio y daba unos frutos lanudos. Al desprenderse de las ramas, los corderos caían al suelo vivos y coleando. ¿Qué tenía de raro que, si un árbol producía borregos y otro cocos, un tercero produjese libros? Porque entonces yo imaginaba, ingenuamente, que aquellos libros se criaban en los árboles.

El coral me había lastimado los pies. Cuando me levanté para lavarme los cortes y rasguños en la orilla, los libros detuvieron su aproximación y permanecieron entreabiertos e inmóviles.

Me lavé con cuidado y fui hacia ellos. Al momento dieron media vuelta, mostrándome los lomos deslumbrantes, y volvieron a la maleza.

Primero tuve que resolver el problema de mi subsistencia. Me las ingení para perforar la dura armadura verde de los cocos, para pescar peces y camarones, para hacer fuego, para obtener agua dulce.

Sólo al cabo de unos días, cuando comprendí que la isla podía proporcionarme cuanto necesitaba, me encontré en condiciones de dedicar mi atención a los libros.

Pensando que mi envergadura podía intimidarlos, me puse a cuatro patas y empecé a andar apoyándome en las manos.

El ardid funcionó. Poco a poco me gané su confianza, y conseguí tocar algunos y abrirlos del todo. Creo que, en el fondo, estaban deseándolo. ¿Porque, de qué sirven los libros cuando no hay lectores?

Ahora me siguen a todas partes. Y, si no, me basta con tumbarme y esperar. Los libros de esta isla son naturalmente curiosos. Se suben a los árboles para observarme desde lo alto o bien se aproximan con su andar cómico, que recuerda el de los pingüinos. Agitan sus hojas rumorosas y se dejan caer con naturalidad a mi lado para que los acaricie o los lea, o se frotan contra mi cuerpo como gatos hambrientos de cariño.

Hay libros de todos los géneros: poesía, historia, aventuras, libros infantiles... Algunos están escritos en alfabetos para mí incomprensibles. El de menor tamaño trata de filosofía y cabría en una cucharilla. El mayor es un libro de coro gigantesco, con letras muy grandes, de esos que se utilizan en las iglesias para que varios cantores lean a un tiempo. Cuando se mueve deja un rastro profundo, como la quilla de un bote.

El más hermoso, al menos para mi gusto, es el titulado *Pájaros de América*, de Audubon. ¡Cuántas veces lo he abierto, para extasiarme ante el dibujo del pelícano, que parece a punto de arrancar el vuelo!

Al principio me intrigaba que se conservaran en tan buen estado, pese a vivir a la intemperie. Luego